

**“XVI CONCURSO LITERARIO JULIO CORTÁZAR.
COMISIÓN DE CULTURA CTPCBA”**

EL VIAJE

Autor: Julio César

Salí a dar una caminata antes de la partida. Caminé por todo el pueblo durante la siesta honda, donde sólo se ven los perros tirados bajo los árboles. Había llovido toda la noche sin parar y las calles eran huellas de barro movedizo. Volví justo a la hora pautada a la posada frente a la laguna. Mis compañeros de viaje esperaban afuera con el equipaje listo. Ya pagamos, sólo falta tu equipaje. ¿Por qué tardaste tanto? ¿No te dijimos que salíamos a las tres? Daniela es certera para hacerme sentir un inútil y un inconsciente. David, su marido, la mira sumiso. Estamos en horario, respondo y vuelvo a sentir por enésima vez que ese viaje no tendría que haber ocurrido nunca.

Durante los cuatro días en los Esteros del Iberá no pudimos avistar ni un solo animal. La agencia de turismo aventura nos había asegurado una cacería fotográfica de reptiles, zancudas, ciervos, carpinchos y cientos de aves exóticas. Hasta bromeábamos con avistar ornitorrincos. Pero nada de eso ocurrió ni un solo día. Nos levantábamos temprano. Apenas si teníamos tiempo para el desayuno. El guía y timonel de la barcaza nos daba el parte meteorológico: viento norte, lluvias débiles y luego tormentas. Así cuatro noches y cuatro días. El lagunal se veía como tensado por el cielo en un gris de bruma y las totoras aplastadas de tanta lluvia. No nos dimos por vencidos. Salimos en busca de nuestras presas y siempre volvimos sin una sola foto, empapados y hambrientos al final de cada jornada. Era mi primer viaje con Daniela y David y seguro que sería el último. La excusa de una crónica

fotográfica de la rica fauna local me había permitido pagar el viaje con fondos de la revista para la que trabajo como freelance.

Soy periodista aunque también saco fotos, grabo videos cortos y mantengo un blog. Ni arriesgaba en pensar qué excusa inventaría en la revista para mostrarles las fotos de dos o tres carpinchos semi amaestrados rumiando sin parar en la plaza del pueblo a la hora de la siesta. Tengo el equipaje listo y vuelvo a la recepción vacía. En la puerta escucho a Daniela gritar su descontento a David que la mira, como siempre, asintiendo con la cabeza. Ya no llegamos al bus. ¿Ves que no podemos dejarlo ni que contrate el transporte? ¿Y ahora otro día en este pantano? Yo de acá me voy de cualquier manera.

Había tomado el número de una agencia de transportes en la tienda de souvenirs y había hablado el día anterior con la mujer del chofer, un baqueano según dicen, conocedor del barro traicionero. El dueño de la posada me confiesa que la vuelta será difícil con tanto barro y que la mayoría de los transportistas no se animan a salir. Sólo hago el gesto de bajar la voz para no tener que escuchar los gritos de Daniela y me desplomo de cansancio en el sofá. El ventilador de techo mueve el aire espeso. Sigo el movimiento de las aspas como un remolino y se me sienta al lado un señor mayor con camisa celeste gastada. Está bravo el camino, balbucea para adentro. Luego me sonrío y se confiesa, con fe regresarán. Como cuando hablaba mi abuelo, comprendo que sus pocas palabras son ciertas y eso me convence de que el transporte se olvidó de nosotros y perderíamos el bus de regreso a Buenos Aires.

En la televisión del fondo se ve a un notero empapado bajo la lluvia que se mezcla entre la muchedumbre de la procesión al Gauchito Gil. Son más de

doscientas mil personas, dice con la seguridad de haberlas contado y la gente se arremolina entre cánticos y sollozos. Vengo porque es milagroso, grita desencajada una rubia. Un tatuado grandote emocionado como un nene le confiesa que él sólo le agradece todo lo que ha logrado. El notero repite ciento cincuenta veces que la gente expresa su fe, que se trata de una creencia popular, que la procesión dura diez horas. Gente humilde pero honrada, trabajadora, que agradece, que viene de lejos. Una fe que mueve montañas. El éxtasis de la fe. El gauchito milagroso. Hay algo de transe por el calor, el vino, la cerveza y toda la gente bajo la lluvia.

Se corta la luz de golpe. La televisión se pone oscura. Se detiene el ventilador. En un segundo La recepción de la posada es lo más parecido a un monasterio.

Daniela pega un alarido desde afuera que retumba y me zamarrea. ¡La camioneta! ¡Allá viene! ¿La ves David? ¿La ves? Salto del sofá y en la penumbra salgo a la calle. Daniela y David empapados bajo la lluvia agitan los brazos y muy lejos se aproxima una camioneta que zigzaguea en un lodazal chicloso, la ruta de ochenta kilómetros que nos separa de Mercedes para tomar el bus de las 18 horas.

Jorge, el chofer, se baja embarrado de la camioneta. No tiene más de treinta años pero parece de cincuenta. Delgado y de pelo renegrado por la tierra colorada. No sabe si mirarnos y saludar o sólo subir el equipaje y salir. Daniela y David se suben sin registrarlo. Como si fuera un estorbo. Cuando le acerco mi mochila le extiende mi mano y me mira con sorpresa. Disculpe la tardanza don, llueve hace cinco días en Mercedes pero no podía fallarle. Me aprieta la mano fuerte y me invita a subir. Le agradezco por el esfuerzo y de golpe su rostro preocupado se relaja y dibuja una sonrisa infantil que le sale del alma.

La camioneta es una nube de vapor, una mezcla de olores camuflados con un desodorante de ambientes aroma a vainilla. Daniela y David se petrifican en el asiento trasero como una cápsula de vidrios empañados y me atraviesan con la mirada. ¿Están cómodos atrás? pregunta Jorge. Pero no obtiene respuesta. El camino será largo y silencioso me digo. Por suerte la lluvia que clavetea el techo y el parabrisas impide el silencio. Ya está, me digo, ahora será cuestión de llegar hasta Mercedes. Y me desplomo en el asiento como entregado a lo que pueda pasar. El limpiaparabrisas me entretiene. Jorge se aferra al volante como a las riendas de un caballo desbocado. ¿Sabe que pasa, don? La huella, ya no se ve la huella. Y ¿qué pasa cuando no se ve la huella? pregunto ingenuo. Ahí ya no sabemos dónde pisamos. Y me quedo callado. Jorge se concentra pero ya casi no reconoce la ruta. Daniela y David se arremolinan como gatos entre las mochilas y se duermen en la nube de vapor que empaña los vidrios. ¿Tenés mate?, le pregunto a Jorge. Tengo sí, ahí nomás está el termito con el mate. Ya venía mateando solo. Arréglo nomás. Hay galletas también en la guantera. No tomo mate pero generar toda esa ceremonia me distrae. Me hago el entendido pero ¿cómo engañar con el mate a un correntino?

Jorge ya no ve casi el camino por delante. La luz de la camioneta es baja, sin huella, pura agua barrosa y un horizonte gris. Siente que aprieta el acelerador pero que ya no controla a la camioneta, la camioneta lo lleva a él, si hasta el volante parece que anduviera solo y es la primera vez que siente algo así en veinte años de transportista. ¿Lo toma amargo, no? Jorge se sacude con la pregunta que la hago. Amargo sí, me responde. Y le alcanzo el mate pero casi que no me mira de lo concentrado con el volante que va y viene como el zigzagueo de la camioneta.

Jorge ni siente el mate. No sabe si está caliente o frío. Dale huella aparece nomás huellita. Si estabas ahí cuando venía y ya no te veo. Esta lluvia que no para. Pero no podía fallarle al don que me llamó hace una semana y le habló tan bien a la ñata. La ñata me dijo son unos porteños que están en la Colonia Pellegrini y que tienen que volverse el miércoles. Pero el miércoles es la procesión al Gauchito, le dije a la ñata. No va nadie a la Colonia, además la salida de la ciudad estará cortada. Pero el don era muy correcto me dijo la ñata y me dijo que te paga el doble si es necesario. Te lo manda el Gauchito, Jorge. La ñata tenía razón, yo nunca le pido al Gauchito. Siempre le agradezco al Gauchito por todo lo que tengo, lo que me ha dado. Pero el otro día le pedí un poquito nada más para poder ahorrar un poco para la nena, para ayudarla un poquito con el alquiler y para que estudie tranquila allá en Corrientes. No mucho Gauchito, un ahorrito nomás. Y al otro día la llamó el don a la ñata y me dijo que paga el doble. Si salgo temprano, los traigo y voy después a agradecerle al Gauchito. Y así me vine pero no paró de llover y tardé más de tres horas y casi no había huella. Y ahora a la vuelta no hay huella. Puro agua barroza y la camioneta se mueve sola.

En un volantazo la imagen del Gauchito que cuelga del espejo retrovisor con la cinta roja se golpea en seco contra el parabrisas. El mate se desparrama encima de Jorge y a mí se me zafa el termo de las manos que se hace trizas contra el piso. Pará, para que estamos girando, grito. Pero Jorge no escucha y acelera. La camioneta pega un aullido sordo y deja de girar. La huella imaginaria bajo el agua se acomoda entre las ruedas y se vuelve a calzar en línea recta. Jorge relaja los brazos del volante y ahora sí me mira como quedé en silencio. Se acabó el mate, parece, me dice con una sonrisa. Y me doy cuenta de que estoy empapado de agua

tibia sosteniendo la carcasa vacía de plástico del termo. Se acabó nomás, le respondo.

Daniela y David se hacen los dormidos pero no pegaron un ojo desde que salieron hacia Mercedes. Las ventanillas empañadas son la mejor excusa para no saber cómo avanzan entre tanto barro movedizo. No pueden hablar. Mezcla de miedo, cansancio y desconfianza. El sólo hecho de pensar que dependían de ese desconocido que apenas sabía hablar les ocupaba todos sus pensamientos más primitivos. Cómo podría haberseles escapado ese detalle. Cómo dejar librado al azar el regreso a Mercedes. Cómo no chequear las condiciones de la ruta y el pronóstico del tiempo. Daniela y David no podían dejar de pensar en tanto error de cálculo. Ellos que calculan todo. Que programan cada detalle antes de cada viaje. Ellos que viajaron por el mundo entero. Ellos que conocían los caminos primitivos de Togo, las rutas a penas marcadas de Birmania, el aeropuerto enclenque de Kosovo, la frontera caliente de Colombia y Venezuela. Nunca se habían sentido tan frágilmente humanos como en esa camioneta flotando en el barro camino a Mercedes. Un mal sueño. Es todo un mal sueño. Le dice Daniela susurrando al oído a David. Y el ruido de la lluvia y del motor de la camioneta los adormecen aunque no quieran.

El Gauchito que cuelga del retrovisor va y viene en el bamboleo. Es de goma por eso no se rompe con los golpes. Está pintado a mano con esmero. Camisa celeste, pañuelo al cuello, la barba espesa y esa facha desafiante. Jorge me mira y se arriesga a hablarme. Allá lo quieren al Gauchito también, ¿no es cierto? Me incorporo en el asiento mientras pienso en un comentario para salir del paso. Desconozco por completo la historia del Gauchito y temía la inquisición localista. Imagino que sí, respondo escueto. Es un fenómeno nacional, me parece, ¿no?,

agrego, conciliador y ecuménico. Jorge se pone serio y me dice, acá es cosa seria. Él cumple. Pero yo no le pido. Yo sólo le agradezco por todo lo que me da. Sólo le agradezco. Y hoy es su día ¿sabe? Por eso no hay nadie en la ruta. Todos se van a la procesión. Son como doscientos mil. Son muchos. De todos lados vienen. Y cortan la ruta y avanzan lento. Con la calor, la lluvia. Todos a agradecerle al Gauchito.

Escucho a Jorge como lejano, como una música de fondo mientras imagino toda esa gente en fila bajo la lluvia caliente que no da tregua y me duermo mirando al Gauchito de goma que se bambolea y que cada tanto me mira fijo. En el sueño primero hay una persecución. Pero luego es una mezcla rara de personas de gritos y de luces. Es raro que no sueñe con mis padres. Hay dolor, hay sangre y rojo, mucho color rojo. Ve, estamos cerca me dice Jorge. ¿Ve toda esa gente allá? Y siento curiosidad por sentir lo que todos sienten. Lo que yo no siento pero ellos sí. Daniela y David duermen profundo. Dejemos la camioneta y vamos, le digo a Jorge. Y a él se le dibuja una sonrisa de nene que nunca se le fue del todo. Me agarra del brazo y me lleva.

La ruta está bloqueada por un hormigueo de personas. Algunos en silencio, otros a los gritos con la cumbia sonando en los celulares. Y encima de ellos una bruma de banderas rojas. Son como lanzas al cielo.

Y me arrastro. Ya no siento los pies. Ya no camino. El grito y la cumbia y las cintas rojas empapadas que salpican. Ya estoy adentro del hangar de chapa donde retumba la lluvia. El olor a humo mojado de velas. Miles de velas rojas. Una gran catedral de chapa con cintas rojas que cuelgan de los techos, de la alambrada de cientos de miles de chapas viejas de autos claveteadas. Tome vino, hace bien, me

dice Jorge. Y tomo del pico de la botella y me quema. Ya llegamos. ¿Lo ve? Ve la cruz allá, me dice Jorge. Y ya ni sé si camino o me llevan. Es como un solo cuerpo que se mueve como puede. Que se tambalea. Pero que avanza. Ahí veo la cruz, le grito a Jorge. Una cruz de bronce gastada de tanto beso, de tanta caricia, de tanto abrazo. Pero Jorge no me oye. Quedó rezagado, en el medio del hangar. Dos señoras mayores van gritando el rosario. Un mismo cuerpo. El mismo sudor. El humo rojo de los petardos y el olor a pólvora mojada. El llanto de los nenes. Todos somos uno solo. Ya no camino. Ya no necesito caminar. Y sin embargo avanzo. Y ahí está la cruz. Algunos se desmayan. Ya no lo veo a Jorge. La tengo frente a mí. La cruz del Gauchito. La toco. La toco y está caliente de tanto sudor, de tanto humo rojo. Con fe se llega, me dice el señor mayor de camisa celeste que estaba en la posada. Él también llegó por suerte, me digo. Y ya no sentí nada más.